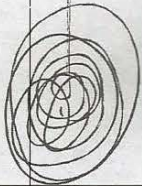


Girasol marchito

MILTON ALEJANDRO SANTANA PIZARRO

Estudiante de 5º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA



I

Hoy se levantó extraña, no hablaba mucho, y no estaba triste, estaba ensimismada. Le hablaba y me respondía asintiendo o negando con la cabeza; cuando me miraba sólo sonreía levemente, aunque con cariño. Estaba enamorada.

Cuando me preparaba el desayuno se le cayeron dos huevos al suelo, dejando un desastre. Duró más de diez minutos arrodillada, limpiando, todo se le caía de las manos y olvidaba lo que tenía que hacer a mitad de su trayecto, dirigiéndose a hacerlo. También fue muy curioso que no encendiera la radio, dejando la casa en riguroso silencio, silencio que se interrumpía con sus suspiros, con sus muchos suspiros.

Leía el periódico cuando ella terminaba de limpiar la vitrina que estaba al lado del comedor; luego se dirigía a la habitación a descansar; la seguí tiempo después, tirando el periódico sobre el sillón. Cuando entré a nuestro cuarto, apenas pasé el umbral, me detuve a contemplarla; como en trance se desnudaba, dejando la ropa en el suelo, y se recostaba en la cama cubierta por la luz del atardecer que se filtraba por la ventana. Recostada con mucha soltura y delicadeza, coqueta, veía entrar la luz por la ventana con un brillo acuoso e infantil en la mirada, con excitación.

No se movía; estaba raramente inerte con la vista en la ventana. A mí me llenaba la vista su figura de mujer vívida sobre el blanco de la cama. La llamé después, no respondió, no asintió con la cabeza, ni siquiera volteó a verme. No se movió en absoluto.

II

Nunca pude resistir más de tres días sin sol; de niña lloraba en los días nublados. Cuando empecé a sentir como mujer, me derrotaron los atardeceres. El destino lo dispuso, disfruté de sus rayos en los brazos de él los primeros días de matrimonio. Mis más memorables lágrimas de felicidad fueron provocadas por las risas acuáticas de mi hijo recién nacido bajo el sol de verano.

Como todas las parejas, nosotros también peleamos. Ya casi no, pero antes lo hacíamos mucho, y en algunas de esas

discusiones, en las más fuertes, él se fue por períodos cortos; mi hijo creció, luego se fue, aunque nos sigue visitando. En cambio, al sol siempre lo he tenido, él nunca me ha dejado, de noche siempre tengo la promesa de su vuelta.

Hoy, desde que vi los primeros rayos de la mañana sonriendo con cierto misticismo, como si me guardaran una sorpresa este día... me sentí ansiosa, inquieta, no lo sé, con esperanzas. Al mediodía parecía adolescente enamorada, toda acción me salía mal, tirando cada cosa que tomaba entre las manos. Cualquiera pudiera haber dicho que era por el hecho de que mis manos estaban demasiado arrugadas, mis brazos demasiado cansados, o que sólo estaba distraída, pensando en mi amado.

Terminando los quehaceres quise descansar un poco, aparte hoy había suspirado con mucha frecuencia. Al abrir la puerta y ver sobre el edredón perla a mi amado que entraba a través de las cortinas y se recostaba desnudo, esperándome, no pude resistir dormir con él. Me quité la ropa sin vergüenza alguna porque ya no viera mi carne tierna, sino surcada y colgante. No se ocupó de mi aspecto, únicamente le importaba que fuera yo, la fiel a él.

Él seguía igual de joven, de hermoso, con su piel bronceada y tersa, con su carne tensa, sus hombros brillantes, su pecho prominente y duro, su plexo ceñido; no había cambiado nada, era un príncipe, con la misma inquietud en las piernas gruesas y aterciopeladas que partían de sus glúteos redondos y dorados; su risa inundaba la habitación, dulce como muchas campanitas. No pude resistir, me desnudé; me recosté para que pasara su piel por la mía, sus dedos por mis surcos. Estaba ahogada de gloria.

III

Clitía había nacido con un talento especial para apreciar el mundo, la vida, lo que le rodeaba; había nacido enamorada, eso fue lo que enamoró a José; y también fue lo que hizo de ella una madre especial para hacer de su fruto un hombre bello y fuerte que ya no vivía con ellos. Durante toda su vida, el tiempo del atardecer la ennoblecía, nunca pudo faltar a despedir a su más íntimo compañero, al caballero más radiante, el cual, ante la gran fidelidad de su devota, decidió premiarla llevándola con él cuando también ella atardeciera.

José, su centinela, fue a despedirla en el puerto que se abría por la ventana hacia el alto mar rosado y bronce; vio cómo se tendía en la orilla de algodón para que los dedos del sol acariciaran su piel añejada, dibujando escamas sobre ella por filtrarse en el encaje de las cortinas. Sus lágrimas marcaban el ritmo de la entrega de Clitía al sol.

Ella evaporaba su savia en la orilla del mundo, su frágil tallo se endurecía, sus pétalos se opacaban más; como un girasol ya florecido, ahora se marchitaba.